

Psicoamérica: Hacia la sociedad post-psicoanalítica

Robert CASTEL

Según los cánones del etnocentrismo psicoanalítico francés el tema está resuelto: el psicoanálisis americano no ha representado nunca más que una versión del descubrimiento freudiano. Psicoanálisis simplificado, recuperado, medicalizado, normalizador, adaptador, conformista, etc.; en fin, no existen calificativos suficientemente duros para estigmatizar una traición de la que nos hemos milagrosamente librado gracias al genio de LACAN y sin duda también al genio de nuestra raza. En contrapartida la comprobación de que el psicoanálisis ha sido en Estados Unidos un extraordinario instrumento de integración social y de conformismo político no ha provocado nunca ninguna inquietud si se exceptúan los cánticos en defensa del purismo analítico: esos grandes niños americanos no han hecho más que recoger aquello que su ingenuidad había sembrado. De igual modo las peripicias del desarrollo de la práctica psicoanalítica en USA y su crisis actual, precisamente cuando se dice que se ha tocado fondo, tampoco parecen afectarnos demasiado: ¿qué consecuencias positivas podríamos extraer de algo que no es más que la historia de una monstruosa desviación?

No atacaremos aquí de frente a esas

pseudoevidencias tan comúnmente compartidas en las sacristías psicoanalíticas. Al igual que todos los prejuicios, sirven demasiado a quienes los diseminan como para que alcancen el rango de argumentación racional. Nos contentaremos con rectificar determinados datos comprobables para sugerir una interpretación menos fantasmática de la relación que liga al psicoanálisis (americano o cualquier otro) con el contexto social y político que lo acoge y que, a su vez, el psicoanálisis tiende a transformar. Se esbozará de este modo una lección distinta extraída de esta historia que casi alcanza ya los tres cuartos de siglo. No en vano los Estados Unidos son el país en el que, desde 1910, se han fraguado los primeros triunfos del psicoanálisis, el país en el que éste ha ocupado una posición hegemónica, no sólo en el campo de la medicina mental, sino también en los amplios sectores de la asistencia social, las ciencias humanas, las artes, los espectáculos, el *management*, el país en fin, en el que esta preponderancia ha comenzado a cuartearse hacia los años 60, abriendo la vía a lo que se definirá, como comienzo de la era post-psicoanalítica. ¡Y aún dirán que estas importantes primicias históricas sólo conciernen a los amantes de perversiones exóticas!

¿Cuál es, en primer lugar, la situación actual del psicoanálisis en los Estados Unidos? Decir, como se oye frecuentemente, que ha sido «superado» no es muy exacto. Más bien habría que decir que se ha divulgado, es decir, que ha perdido la función de referencia privilegiada que conservó durante largo tiempo para inscribirse ahora, en tanto que técnica particular, adecuada a «indicaciones» precisas y limitadas, en el interior de un amplio espectro de dispositivos de asistencia desarrollados por la medicina mental americana. Ello significa por tanto el final de la posición privilegiada que ocupaba el psicoanálisis en psiquiatría hasta finales de los años 50, cuando, por ejemplo, las dos terceras partes de los estudiantes en psiquiatría asistían a un curso analítico y cuando el modelo de una «psicología dinámica», más o menos ortodoxa, inspirada en la tecnología freudiana, se imponía como la matriz fundamental para interpretar no solamente los casos de patología mental sino también el conjunto de las relaciones interpersonales y sociales.

Final igualmente —y no menos destacable— del papel innovador que el psicoanálisis ha jugado en esos años respecto a las diferentes tentativas de transformación de la medicina mental americana. Pues cuando se dice —frecuentemente en tono despreciativo— que el psicoanálisis americano ha estado o está «medicalizado» se olvidan de añadir que el vector de su difusión no ha sido la clase médica en su conjunto ni una fracción cualesquiera de la profesión. Desde el principio, es decir, tras el viaje de FREUD en 1909, el psicoanálisis sedujo a la franja progresista y modernista de los médicos: no a los superintendentes de los *State Mental Hospitals*, representantes de la tradición

psiquiátrica clásica, sino al personal de los grandes hospitales privados y de las más prestigiosas escuelas de medicina. A partir de esos focos de innovación, periféricos en relación al sistema psiquiátrico oficial, el psicoanálisis se infiltró en otros sectores de la sociedad americana. Y la segunda ola de expansión se encrespó tras la segunda guerra ligada igualmente a una tentativa de transformación progresista de las estructuras de la psiquiatría. Sin duda, en consecuencia con su éxito, el psicoanálisis se convirtió entonces en la ideología dominante en todo el territorio de la salud mental. Pero este consenso representaba, por decirlo así, el conformismo de la modernidad. El psicoanálisis aunaba a la mayor parte de quienes estaban animados por una voluntad de ruptura en relación a las tradiciones, a los arcaísmos y a los restos de un pasado manicomial considerado como acabado y del que la «revolución freudiana» habría permitido liberarse.

Esta doble función precisamente se encuentra hoy cuestionada. El psicoanálisis está a la defensiva. Las vocaciones son menos numerosas: en los años 1964-66 los candidatos han descendido a la mitad respecto al período 1958-60, si bien los jóvenes más brillantes y ambiciosos saben que sigue constituyendo la vía principal que conduce a la conquista de posiciones de prestigio y de poder en el *establishment*. Lo más importante, sin embargo, es que casi ninguna innovación se produce hoy bajo su rótulo. Las investigaciones más audaces, las innovaciones más recientes no hacen referencia al psicoanálisis. Aún más, muy frecuentemente se definen en oposición a él. Para caracterizar este nuevo contexto hemos propuesto la expresi-

sión de «sociedad post-psicoanalítica» (1). Hagamos un esfuerzo para apreciar el sentido exacto de ese desplazamiento tan decisivo.

Si bien es cierto que la mayor parte de las técnicas que hoy multiplican las posibilidades de intervención sobre el hombre se desarrollan en *contra* del psicoanálisis, no es menos cierto que continúan definiéndose *en relación* a él. Trátese de terapia familiar, de consejo sexológico, de análisis transaccional, de *gestalt*-terapia, de grito primario, de bio-energía, etc., todas o casi todas (2) parten de una decepción en relación a una ambición promovida en un principio por el psicoanálisis; todas o casi todas se esfuerzan en desarrollar un modo de aproximación que el psicoanálisis habría a la vez prefigurado y errado. En este sentido se juzga al psicoanálisis como demasiado largo o sofisticado, o demasiado intelectual, demasiado caro, etc.; para otros subestima el papel del cuerpo, del instante, del presente, de los sentimientos, de la espontaneidad, de las interrelaciones inmediatas, etc. Es preciso pues —pero siempre en el marco de una economía en la que el psicoanálisis continúa proporcionando en el *fondo* la fórmula general— privilegiar el cuerpo sobre el

intelecto, el *hic et nunc* sobre el pasado, el paso al acto sobre la anamnesis, la impulsión sobre la reflexión, las relaciones inmediatas sobre los procesos primarios y muchas cosas más. Estas nuevas técnicas merecen ser calificadas como hijas bastardas del psicoanálisis por una doble razón. En primer lugar a causa de su ingenua pretensión de adoptar, gracias al descubrimiento de un último *gadget* de moda, una solución a todos los problemas de la humanidad. Pero también porque estas técnicas se inscriben realmente en la herencia freudiana en el sentido de que lo que ellas aportan se ha forjado en una relación de oposición al psicoanálisis y no se comprenden más que en relación a ese modelo que ellas pretenden liquidar. Se podría, de este modo, sin demasiada dificultad, reconstruir el rompecabezas de las múltiples formas actuales de las «nuevas terapias» a partir del basamento freudiano mostrando que cada una desarrolla, de forma unilateral y frecuentemente caricatural, alguna de las dimensiones que FREUD había articulado con todas las otras en el método psicoanalítico.

Sin embargo, bajo todas estas simplificaciones, se realiza algo de lo que pretendía el psicoanálisis «auténtico». Lo que se debe primordialmente al genio de FREUD es sobre todo el descubrimiento de la relativa reversibilidad existente entre lo normal y lo patológico; a ello se añade después la instrumentalización de este descubrimiento en un método riguroso y exigente del psiquismo. Con el psicoanálisis se hace posible un trabajo sobre la normalidad: el estado de un hombre «normal» no es algo dado, sino el resultado provisional, frágil y ambiguo de un proceso sobre el que se puede intervenir no solamente

(1) Cfr. Françoise CASTEL, Robert CASTEL, Anne LOVELL, *La société psychiatrique avancée: le modèle américain*, Paris, Grasset 1977 (Trad. Ed. Anagrama).

(2) Hay no obstante una excepción esencial, la modificación de conducta (*behavior modification*), una de las nuevas técnicas más extendidas actualmente en Estados Unidos que, por su parte, se desarrolló a partir de la tradición de la psicología de laboratorio en línea conductista y que no debe nada a la herencia freudiana.

para «curar» sino también para desvelar, descubrir, rearticular antiguos equilibrios, superar ciertos bloqueos... No obstante si ese trabajo sobre uno mismo debe pasar por la duradera y rigurosa relación dual ortodoxa de hecho se ve confiscado por una minoría. La «terapia para los normales», que la mayor parte de las nuevas técnicas pretenden promover, retoma del psicoanálisis esa paradójica concepción de la salud mental que a la vez que la relativiza la convierte en una tarea en principio infinita más que en un estado estático. La realización de una vida mejor se convierte entonces en el resultado de un método que despliega una batería de ejercicios para promover un proceso de transformación. Se trata menos de recuperar la salud, o incluso de prevenir la enfermedad, que de aprender a desarrollar la personalidad y a entablar con los otros relaciones más auténticas. En suma se trata de ir amasando de una manera metódica una especie de plus-valía de bienestar o de disfrute.

Sin duda si las comparamos con el psicoanálisis las técnicas utilizadas son simples e incluso con frecuencia simplistas. Pasan más por una manipulación del cuerpo que por los meandros de la anamnesis; con frecuencia apuestan por la superficialidad de las relaciones de grupo para economizar los esfuerzos solitarios; se contentan con envolver en un pathos litúrgico de celebración las virtudes del aquí y el ahora así como la autenticidad de lo vivido y, todo ello, adornado con recetas bastante vulgares de acción psicológicas.

Estas operaciones, sin embargo, han democratizado el acceso a un tipo de perfección respecto a la cual el psicoanálisis había hecho guiños aunque

reservando tal realización a un círculo restringido del *happy few*. Las «nuevas terapias» han roto ese círculo. Si la «demanda» de psicoanálisis ha descendido en Estados Unidos en estos últimos años ello se debe, entre otras razones, a que una parte de su clientela potencial ha encontrado o ha creído encontrar mediante estas técnicas nuevas un *analogon* de la aventura espiritual propuesta por el psicoanálisis. Siempre existirán los aristócratas de la inteligencia o de la fortuna para reírse de lo que no es sin duda más que un *ersatz* y para lamentar que turistas de fines de semana dejen tirados papeles aceitosos en playas antaño salvaguardadas por privilegios. Este perfil impide, no obstante, la comprensión de un fenómeno social importante: mediante el desarrollo de estas técnicas la idea freudiana de una superación de la terapia y de una diseminación del concepto de salud se ha convertido en un fenómeno de masas. Se cuentan ya por millones el número de aquéllos que, para lo mejor y para lo peor —lo mismo se podría decir de los clientes del psicoanálisis— han reclamado de los nuevos especialistas competentes una ayuda para superar el dolor de su vivir.

Y sin embargo, tanto por esa relación de filiación como por la semejanza de las funciones sociales y políticas asumidas por el psicoanálisis y por estas técnicas ambas se inscriben en una misma problemática.

¿Qué es, de hecho, lo que ha asegurado el éxito galopante del psicoanálisis en los Estados Unidos desde el segundo decenio del siglo XX? Independientemente incluso de lo ocurrido en el marco médico, en el que el desarrollo de la psiquiatría estaba bloqueado en el callejón sin salida de una

tradición manicomial desacreditada y un organicismo en baja (3), en el plan general de la evolución de la sociedad americana el psicoanálisis intervino en un momento decisivo. Los Estados Unidos han sido sin duda la primera nación del mundo que ha hecho del consenso social un problema técnico, es decir, un objetivo de acción concertada en torno al cual se movilizan especialistas del trabajo sobre el hombre. Hasta comienzos del siglo XX la sociedad americana se había contentado con imitar a Europa importando y adaptando las fórmulas clásicas de reducción de los comportamientos desviados en esas instituciones, *alms-houses* (casas de misericordia) y otros lugares de encierro. Por razones históricas imposibles de analizar aquí pero entre las que habría que colocar en un primer plano el carácter masivo que adoptó el fenómeno de la inmigración a los Estados Unidos, este marco institucional rígido se rompe en pedazos a comienzos del presente siglo. Tratándose del tipo de poblaciones concernidas se puede afirmar que se superó tanto un umbral cuantitativo como cualitativo. Ya no se trata simplemente de la gestión de la vida de categorías limitadas y precisas de personas en abierta ruptura con el orden social —criminales, locos, vagabundos—, sino que es preciso también tratar a la masa de todos aquéllos que presentan problemas relativos a la adaptación y conformidad con los valores y exigencias de la sociedad americana: el niño con dificultades escolares, el adolescente en crisis respecto a su familia,

(3) Un excelente análisis del contexto médico en el momento de la llegada de FREUD a los Estados Unidos puede verse en Nathan G. HALE, *Freud and the Americans, the Beginning of Psychoanalysis in the United States, 1867-1917*, New York, 1971.

el trabajador que fracasa o que rechaza ser únicamente rentable, el representante de las clases medias que con su vida agobiada deja traslucir la ausencia de eficiencia social, etc. Parece evidente que la vieja solución que consistía en separar a los indeseables de la vida social para tratarlos aparte era a la vez demasiado onerosa y demasiado brutal para corregir alteraciones más ligeras o desviaciones más sutiles características de estas nuevas poblaciones. Así vemos aparecer y desarrollarse, en la segunda década del siglo principalmente lo que podríamos denominar nuevas tecnologías de intervención *in vivo*: el movimiento de higiene mental y sus técnicas de prevención y de intervención en sectores no psiquiátricos tales como los de la infancia o la justicia; el behaviorismo que busca en el laboratorio las leyes de manipulación del comportamiento humano; el taylorismo que las aplica al mundo del trabajo; el eugenismo incluso que pretende economizar el paso por el encierro neutralizando las facultades reproductoras de los indeseables. Y el psicoanálisis.

Aunque no guste a todo el mundo se trata de un hecho patente: no solamente estas nuevas tecnologías han aparecido juntas sino que han funcionado juntas. Ello no excluye, evidentemente, las polémicas y los antagonismos propios de fórmulas diferentes que están en competencia para apropiarse de un nuevo mercado. Pero la complicidad ha prevalecido sobre el antagonismo, incluso entre aproximaciones que parecían a primera vista irreconciliables como es el caso, por ejemplo, del psicoanálisis y del conductismo. Nada menos que el propio WATSON recomendaba, desde 1916, que toda persona susceptible de ocupar funciones importantes en la socie-

dad americana se psicoanalizara. El padre del conductismo, más perspicaz en esto que muchos psicoanalistas, se había dado cuenta, a la vez que reprochaba al psicoanálisis su falta de «rigor científico», del partido que podía sacar de semejante alianza para realizar su objetivo teórico-práctico fundamental: liquidar las teorías de la conciencia y los caracteres innatos para promover una concepción plástica del hombre, manipulable en función de las exigencias del medio, es decir, de la sociedad. Los psicoanalistas americanos, por otra parte, no han decepcionado sus esperanzas pues han desarrollado una teoría del Yo y de la integración a las normas en detrimento del análisis de los procesos primarios y de la escena inconsciente propiamente dicha. Se podrían citar hoy una decena de referencias prestigiosas sobre la complementariedad existente entre el psicoanálisis y la modificación de conducta, retoño supersofisticado del conductismo.

El psicoanálisis no solamente ha sido acogido favorablemente en este contexto, sino que ha ejercido una hegemonía relativa en el interior de las nuevas aproximaciones que estaban en concurrencia con él. Ello se debe por una parte a la coyuntura histórica, pero también a algunas de sus cualidades intrínsecas. Precisamente por esto sería inconsistente, por no utilizar un calificativo más duro, hablar únicamente en términos de «recuperación» o de «traición» del psicoanálisis. En razón de su mayor rigor y de sus más amplias posibilidades de aplicación el psicoanálisis apareció como el más «científico» de los métodos que entonces intentaban ampliar el campo de intervenciones sobre el hombre. El propio psicoanálisis se ofreció y fue recibido

como el método más adecuado para superar viejos desniveles entre poblaciones que precisaban de tecnologías reparadoras o correctoras enérgicas, aunque limitadas en sus aplicaciones, y aquellas otras sobre las que no se podía intervenir sin disponer de una tecnología suficientemente flexible. De este modo ha abierto una gama diversificada de intervenciones que trascienden a la diversificada gama de las manifestaciones patológicas. Se podría mostrar que ha sabido cubrir ese amplio abanico de «indicaciones» que van a la vez desde las instituciones médicas más tradicionales hasta los nuevos sectores de la vida social que la rigidez de las categorías psiquiátricas clásicas había preservado de la intrusión de las técnicas de manipulación médico-psicológica.

De este modo el psicoanálisis asumía funciones políticas evidentes frente a las cuales resultaría sorprendente que aún hoy se permaneciera ciego. Por ejemplo, en los años 20 la terminología psicoanalítica recodificó todo el campo de la asistencia social en los Estados Unidos. Igualmente ha amparado, con el prestigio de la cientificidad las tradicionales prácticas asistenciales del paternalismo caritativo: la búsqueda de carencias afectivas, de inmadurez emocional y otros avatares de un ego débil reemplazaban sin solución de continuidad a las antiguas imputaciones de irreligiosidad o de inmoralidad utilizadas para dar cuenta de la condición social de los pobres. Y así, cuando se desencadena la gran crisis de los años 30, los profesionales de la asistencia estarán perfectamente preparados para invitar al parado a preguntarse por las razones personales que le hicieron perder su trabajo abandonando, en consecuencia, la cuestión

sobre las causas estructurales del paro en una sociedad capitalista. Se podrían citar documentos que prueban que los especialistas de lo que entonces se denominaba la «nueva psicología» y los portavoces autorizados de la gran patronal se han servido exactamente del mismo lenguaje y desarrollado exactamente la misma estrategia frente a la crisis (4).

A pesar de este éxito, el psicoanálisis ha sido a la vez espectacular y un tanto frágil. Ha existido siempre un hiato entre la universalidad de las categorías psicoanalíticas cuando funcionan como códigos de interpretación de los fenómenos psicológicos, sociales y políticos, y las prácticas psicoanalíticas reales. Incluso en USA los psicoanalistas no llegaban en 1940 más que a 192 y sus clientes efectivos a algunos miles. Por supuesto, el modelo de interpretación y de intervención psicoanalítica se difunde ampliamente en círculos concéntricos fuera del marco estricto de la relación dual, pero el hecho de conservar este marco como la referencia privilegiada de la teoría y de la práctica, supone un obstáculo a sus posibilidades de expansión. Se incurre en un constante riesgo de que determinadas prácticas sean denunciadas de desviación, es decir, de traición en relación a la base de ortodoxia que presuntamente las legitima; incluso en los Estados Unidos los puristas no se han privado de utilizar este argumento. De un modo más objetivo existe el peligro de que el abismo entre las interpretaciones psicoanalíticas generalizadas y el carácter limitado de las prácticas que pueden servir de caución a tales interpretaciones hagan del psi-

coanálisis una especie de ideología de cobertura en divorcio con lo que ocurre efectivamente en la realidad. Por ejemplo, desde 1917, uno de los primeros propagadores del psicoanálisis en Estados Unidos, WILLIAM A. WHITE, entonces director del *Saint Elisabeth Hospital* de Washington, proponía un programa de reforma de la psiquiatría pública con la ayuda del psicoanálisis. La lectura de la literatura oficial de los profesionales de la salud mental desde la Segunda Guerra Mundial muestra igualmente que la psiquiatría americana estaba desde hacía tiempo impregnada de psicoanálisis. Y sin embargo, GOFFMAN en 1960, con lo que él había visto precisamente en ese mismo *Saint Elisabeth Hospital* construyó su teoría del hospital psiquiátrico como «institución totalitaria» y mostró que las racionalizaciones terapéuticas tenían poco peso en relación a las sobrecargas institucionales. Dicho de un modo general, a pesar de que hace unos quince años el psicoanálisis reinaba en Estados Unidos mientras que en Europa estaba prácticamente excluido, las diferencias concretas entre los dos sistemas manicomiales eran mínimas, y no necesariamente ventajosas para los Estados Unidos. La hegemonía psicoanalítica en este país ha sido con frecuencia y sobre todo un semi-monopolio psicoanalítico del *discurso* legítimo sobre las prácticas, más que la expresión fiel de la realidad de las prácticas mismas.

Las nuevas técnicas del post-psicoanálisis son susceptibles de colmar, al menos parcialmente, ese hiato. Ellas convierten en más expansiva, más creíble y más eficaz una empresa de manipulación psicológica que había encontrado en el psicoanálisis su principal garantía científica y el más im-

(4) F. CASTEL, R. CASTEL, A. LOVELL. *La société psychiatrique avancée*, op. c. Cap. II.

portante vector de difusión. Esto se debe en primer lugar a que el laxismo (o el simplismo) de estos métodos se ahorra la cuestión teórica de las condiciones de posibilidad de su transposición legítima en terrenos diferentes. ¿En donde se puede poner en práctica, por ejemplo, el análisis transaccional (5)? En todas partes. En relación individual o en grupo. En clientela privada, en la escuela, en la iglesia, en el ejército, en los barrios, en las empresas, en las fábricas. Con psicóticos, con delincuentes, con alcohólicos, con amas de casa, con fumadores, con violadores, con violados, con padres y con niños, con empleados y ejecutivos, con negros y con blancos. Esta diversidad infinita de «indicaciones» no plantea problemas porque la vida social ha sido reducida a una costelación de papeles típicos (*games*) manipulables mediante la racionalidad instrumental. La técnica por muy elemental que sea (y precisamente por ser elemental) es universalizable gracias a que sólo considera de toda la realidad aquello que sirve de pasto a su ejecución. ¿Hace falta decir que se trata de una definición parcial de la realidad? Parcial pero

(5) El análisis transaccional ilustra perfectamente este proceso de vulgarización del psicoanálisis ya que el hecho de que sea casi su caricatura no excluye la evidencia de la filiación. Cada individuo realiza la síntesis de tres estados del Yo (*ego states*), el padre que juega el papel del super-ego freudiano, el adulto que juega el papel del Yo y el niño el de ellos. Las demandas que se dirigen al otro están condicionadas por las exigencias de uno de esos estados. La vida social está compuesta de intercambios (*transactions*), con frecuencia fallidos o dolorosos porque uno no se dirige siempre, por decirlo así, al buen interlocutor que hay en el otro (el niño que hay en mí se dirige al adulto que hay en el otro, etc.). El método consiste esencialmente, a través de diferentes juegos (*games*), en aprender los roles que rinden «bien» (*I'm O.K., You're O.K.*).

eficaz: *it works*. No se puede pedir más,

El análisis transaccional goza de una gran audiencia en Estados Unidos hasta el punto de ser utilizado incluso por terapeutas «radicales». Pero podríamos decir aproximadamente lo mismo de la mayor parte de las otras técnicas. Así CARL ROGERS, «profeta» de la «psicología humanista», detalla las nuevas ventajas que se se pueden esperar de la introducción de la tecnología de los grupos de encuentro (*encounter groups*) en la industria, sin olvidar la mejora que puede producir en las iglesias, las escuelas, las familias, y los servicios gubernamentales (6). Serían interminables los ejemplos de intervención de estas técnicas para resolver los conflictos más diversos, desde las relaciones inter-étnicas hasta las tensiones internacionales pasando por los innumerables programas de cambio planificado o de «desarrollo comunitario» que se supone son capaces de amortiguar las turbulencias de la vida social americana. En este caso, una vez más, es frecuente la tentación de refugiarse en una actitud de menosprecio aristocrático: todo esto no es serio, además la eficacia de estas intervenciones es de lo más aleatoria, su existencia es con frecuencia efímera, etc. Y, sin embargo, unas reemplazan a otras rápidamente y, en este sentido, la inventiva de los promotores americanos de técnicas de manipulación es algo prodigioso. Lo que importa no es tanto «la evaluación» (como diría un sociólogo serio) de la eficacia de cada una de ellas cuanto la comprensión de la función que todas en conjunto desempeñan en la sociedad americana. Proponen una concepción unilateral, instrumental, de la acción psicológica y de

(6) CARL ROGERS. *On Encounter Groups*, Cap. 8).

la acción social. ¿En qué consiste una acción transformadora «seria»? en un programa de intervenciones puntuales, limitadas a individuos o grupos concretos que movilizan una batería de técnicas simples y eficaces. La sociedad tanto como el individuo se convierten en una escena reductible a lo que un técnico u operador puede saber o hacer en tanto que «agente de cambio» dotado de algunas nociones cuantificables y de unas cuantas recetas realistas. ¿Existe todavía alguien tan retrógrado capaz de concebir una justicia que no sea el resultado del reajuste de un dispositivo planificado por los tecnócratas, o alguien que crea en una felicidad que no esté programada por los ingenieros del alma? Perfección de una política que economiza la política y de una psicología que economiza la noción de sujeto. El cambio, individual o colectivo, no se basa ya en una diferencia de potencial entre lo consciente y lo inconsciente, lo manifiesto y lo latente, la realidad y el proyecto. De nada sirve ya, como ocurría con el psicoanálisis, ponerse a hurgar en las energías psíquicas profundas, sino que hay que recogerlas todas en la superficie de los cuerpos. Ya no existe el pasado, ni la historia, ni el futuro, ni la teoría. Todo se rige por el eterno presente de la racionalidad técnica en la que la comunicación con los demás equivale a un *feed-back* entre dos o más dispositivos energéticos, y en la que el desarrollo de cada uno

consiste en maximizar sus capacidades productivas, en ser aventajado en el trabajo, en la sociabilidad, en el deporte o en el disfrute. En efecto, estamos por supuesto más allá de lo normal y de lo patológico.

Desde hace unos sesenta años la sociedad americana ha desarrollado estrategias de invalidación de preocupaciones sociales y políticas a partir de códigos de interpretación psicolizantes y de técnicas psicosociológicas de acción social. El psicoanálisis ha sido, en un primer momento, el operador principal de esta empresa, y lo ha continuado siendo por largo tiempo. Pero, tras su reflujo relativo, desde hace una quincena de años, asistimos al desarrollo de una nueva versión, más extensiva, de la misma estrategia. Dicho de otro modo, el psicoanalismo, entendido como el proceso específico de interpretación y de manipulación de la realidad producido por el psicoanálisis, ya no es en los Estados Unidos la avanzadilla de este movimiento. Sin duda no lo es tampoco desde hace bastante tiempo en Francia. Pero antes de intentar medir la importancia del desplazamiento que aquí se anuncia era preciso mostrar que, pese al hecho de haber comenzado a operarse en otro lugar, no es completamente ajeno a nuestro destino.

*Traducción:
Fernando Alvarez-Uría.*